

El saber por excelencia

**MARIO
PARAJÓN**

Nace Gastón Baquero en mayo de 1918 y muere en el mismo mes de 1997. En mayo del 98 editorial *Verbum* presenta su libro *Poesías Completas* prologado por su amigo Pío E. Serrano. Al amor de éste a la poesía y a su entusiasmo por la de Baquero se debe también la creación de un premio que lleva el nombre del poeta.

Gastón Baquero fue un cubano oriundo de la región oriental de la Isla, mulato, descendiente de un veterano de la guerra de Independencia, hijo de un funcionario modesto y de una señora a la que Gastón vio siempre con un libro en la mano, pues era gran lectora, aunque por lo visto “de libros malos”, tal vez folletines a lo Xavier de Montepin.

Pero hubo en el destino de Gastón una tía decisiva. La buena mujer era muy aficionada a la poesía y copiaba en un cuaderno los poemas que le gustaban. En ese cuaderno hizo Gastón sus primeras lecturas sin que transcurriera mucho tiempo antes de contagiarse con el entusiasmo de la tía.

Llevado por él escribió su primer poema. Fue tan del agrado de su tía que Gastón obtuvo el primer

LITERATURA

reconocimiento de su vida al copiarlo la señora en el cuaderno donde figuraban las composiciones de los consagrados. A partir de ese día, el niño se supo gran poeta, y supo también que la poesía era la más alta de todas las ocupaciones y que el saber poético era el saber por excelencia.

Esto último constituye la clave para comprender al Grupo Orígenes capitaneado por Lezama

y del cual Baquero formaría parte. Son los poetas de Orígenes los que creen que la poesía es un método de conocimiento de la realidad; y no de *tal* realidad, ni de *tal* otra, sino *de la realidad en cuanto tal*; en otras palabras: entienden que la poesía es la metafísica de nuestro tiempo.

Innecesario añadir que Poe, Baudelaire, después los simbolistas, Valery y los surrealistas, participaron de este criterio. Baquero lo compartió sin vacilaciones.

Al final de su vida declaró que le hubiera gustado escribir un *poemario de la inteligencia*. Este fue su gran sueño: parecerse a Valery. Y sublimar su vida instintiva. No era su destino. En la década de los cuarenta, cuando empezó a escribir su obra de madurez, pensó que la poesía no era la exaltación del recuerdo, ni la efusión del sentimiento, ni la destinada a humanizar a los hombres en el sentido de conmoverlos o de sembrales el entusiasmo. No. La poesía tenía que ser creación, algo que rompiera con todo lo hecho, con la costumbre y con los usos; y que dejara ver esa radical innovación por entre los intersticios que hay entre las palabras.

En este libro hay sonetos espléndidos, como ese que ha dirigido “a las palomas de mi madre”; saludos muy hermosos a las estaciones del año, espléndidas canciones de amor de Sancho a Teresa y testimonios de la presencia de la muerte en la vida del poeta desde su juventud.

No falta el añadido a la poesía de la soledad y los poemas narrativos en los que Baquero se divierte desesperadamente para olvidar al tiempo que pasa.

No es un poemario a lo Valery, pero sí es elegante, clásico en el mejor sentido de la palabra y dotado de un extraño poder de fascinación.